

se visto ya tantas veces y no haber pensado que son hijos de un mismo espíritu. Mientras que el mundo espía todos sus pasos, no se le ocurre á uno fijar la atención en otro; de tal modo se preocupan por la única idea de cumplir sus deberes, por el único cuidado de agradar á Dios.

Con esta consigna, ha emprendido cada uno su camino. Las puertas del cielo son el punto para el que se han dado cita. Saben de antemano que sólo pueden esperar desconocimiento y persecución de parte de aquellos que no conocen á ellos ni conocen á Dios. <sup>(1)</sup> Sin embargo, no es esto lo que les detiene, ya que con esta única condición han entrado al servicio de Jesucristo. <sup>(2)</sup> Su conciencia, la fidelidad á sus convicciones y la gracia del Espíritu Santo, son el bastón sobre que se apoyan, y la fuerza que los sostiene. Obedecen, verdad es, á autoridades visibles; se someten á leyes externas, se sirven de medios físicos de salud; pero, por encima de todo esto, una vía, por la cual marchan, un jefe supraterrrestre, al cual siguen, y una patria espiritual, á la cual esperan llegar, se ocultan á las miradas humanas. Y esta vía, este fin, este guía, y aun más, su única esperanza, su amor, su consuelo y su fuerza, es ese Maestro divino, á la vez su hermano y su Dios, en una sola persona, Jesucristo, el Hijo de Dios y el Hijo del hombre. <sup>(3)</sup>

En Dios riñen sus combates, no con armas terrenales, <sup>(4)</sup> sino con el escudo de la fe, el casco de la esperanza, la espada de la oración, la coraza de la mortificación; en Él resisten igualmente á los espíritus de las tinieblas, con las flechas de la caridad, que traspasan las nubes y vuelan hasta el trono de Dios; <sup>(5)</sup> en Él encuentran la fuerza para llevar una vida, no según la carne, aunque sí en la carne. Su solo nombre les da una seguridad, que, á los ojos de los

(1) Joan., XVI, 3.

(2) Tertull., *Ad Scap.*, 1.

(3) Cf. Augustin., *In psalm.* 60, en. 4.

(4) II Cor., X, 4.

(5) Ephes., VI, 11 y sig. I Thess., V, 8. Cf. Sap., V, 19. Ignatius *Ad Polyc.*, 6. (August.) *De symbolo ad Catechumen.*, 1, 2 (VI, 555 y sig.).

extraños, parece un fanatismo. «¿No te avergüenzas—preguntaba el pagano á la noble Ágata—de formar parte de una comunidad tan despreciable?»—«Yo pertenezco á Jesucristo, que es más noble que toda nobleza»;—tal fué su respuesta. <sup>(1)</sup>—«¿Crees poder soportar esta tortura?»—preguntaba el juez á la delicada Blandina, por la cual hasta temblaban sus propios compañeros.—«Pertenezco á Jesucristo»;—tal fué su respuesta. <sup>(2)</sup>

«¿No veis, pues, insensatos, que se os engaña?» <sup>(3)</sup>—Así es como se han burlado millares de veces de la fe de nuestros antepasados.—«Pertenece á Jesucristo»;—tal ha sido su única respuesta. En esta confesión, la vergüenza era para ellos alegría, y el dolor refrigerio. El nombre de Jesucristo les hizo vencer á todos los poderes de la tierra, y transformó finalmente su esperanza en realidad. Diocleciano abdicó, la estatua de la Victoria abandonó la curia romana, los dioses descendieron de sus altares; Jesucristo venció, y fué colocado en los templos, en los techos de las casas, en los estandartes, en los corazones. Y los que tuvieron confianza, no fueron engañados.

**5. La situación del hombre relativamente á la solución de la empresa del cristiano.**—Y no hay nadie que no quiera entrar decididamente al servicio de este Jefe. El mundo no nos pertenece aún, ni mucho menos; ó, por mejor decir, está todavía muy distante de ser el reino completo de Jesucristo. Todavía no pertenecemos del todo á Jesucristo; todavía nos pertenecemos á nosotros mismos. Aunque hace mucho tiempo que trabajamos, todo en nosotros está en sus principios, todo está incompleto, no terminado aún. Aunque hace mucho tiempo que hemos salido de Egipto, solamente estamos á mitad de camino, y todavía no vemos el fin ante nosotros. Inmenso es el trabajo que hemos emprendido. Seguimos un camino, cuyo término no vislumbramos. No sólo atravesamos desiertos, sino que pa-

(1) II Cor., X, 3.

(2) *Acta S. Agathæ*, 1, 4 (*Acta S. S.*, Febr. 1, 615).

(3) Eusebius, *Hist. eccl.*, 5, 2.

samos también por regiones sonrientes y fértiles que reemplazan con creces el país que hemos abandonado. Pero no debemos detenernos en ellas, porque todavía no hemos llegado á nuestra patria, en la cual nos esperan cosas mucho más grandes. El país que hemos abandonado, está detrás de nosotros; aquél, hacia el cual nos dirigimos, está aún lejos de nosotros. <sup>(1)</sup>

Entre tanto, suspiramos bajo el peso de la dificultad, para convertirnos en hombres nuevos, dignos de la nueva patria, hacia la cual nos dirigimos constantemente.

¡Qué gran palabra! ¡Hombres nuevos! La diferencia entre un hombre que tiene intenciones puramente terrenales y un hombre puramente cristiano, es más grande de lo que uno cree. <sup>(2)</sup> No basta borrar algunas manchas, ni remendarse algunos desgarrones, ni blanquear las puertas amarillentas. Nadie pone el vino nuevo en odres viejos. <sup>(3)</sup> Nadie cose una pieza nueva á un vestido viejo. Todo debe ser enteramente nuevo; desde luego el corazón y el espíritu, <sup>(4)</sup> y, con esto, el resto, hasta que se haya realizado una nueva naturaleza en Jesucristo, <sup>(5)</sup> un hombre completamente nuevo.

Sí, todo debe ser completamente nuevo, el pensamiento y la acción, el arte y la ciencia, la vida privada y la pública. Nada queda exceptuado aquí. Créese á veces que es insensato hablar de la filosofía ó de la historia cristiana. No afecta en nada á la ciencia—se dice—que aquí la enseñe un cristiano, y allí un pagano. Y aun se añade: es indiferente confiar una cátedra á un cristiano ó á cualquiera que no lo sea. No y mil veces no; esto no es lo mismo. Los que más afirman esto, son los que mejor saben que no es indiferente. Y si no, ¿porqué se ingenuan tanto en excluir á los cristianos celosos de todos los empleos?

(1) Augustin., *Ps.* 72, *en.* 5.

(2) Macarius, *Hom.* 5, 43, 44, 46. Augustin., *S.* 198, 2, 3.

(3) Matth., IX, 16 y sig. Marc, II, 21 y sig. Luc, V, 36 y sig.

(4) Justin., *Dialog. contra Tryph.*, 8. Macarius, *Homil.* 43 etc...

(5) II Cor., V, 17. Gal., VI, 15. Ephes., II, 10. Apoc., XXI, 5. Is., XLIII, 19.

Un cristiano debe tener otros ojos, otros miembros que un pagano. Ve las cosas en una luz más elevada y clara; no las ve de otro modo que un hombre á quien los prejuicios y las pasiones turban la vista; pero las ve mejor. <sup>(1)</sup> Para no poner en peligro su pureza ni su recogimiento, debe apartar los ojos de muchas cosas que arrebatan al hombre carnal la paz del alma y la reflexión. No sólo debe hacer más que los otros hombres vivientes, sino que debe también servirse de sus manos de un modo más perfecto. Es una gran desdicha, y la razón por la cual muchas acciones bien intencionadas no prosperan, el que no consideren con frecuencia los cristianos que no puede únicamente bastarnos practicar las obras cristianas como el mundo las practica. <sup>(2)</sup> Debemos hacer lo que convenga, pero debemos hacerlo como es debido. <sup>(3)</sup>

Y esta buena manera de hacer las cosas, muestra siempre al cristiano el ejemplo de Aquél cuyo nombre lleva. Debe hablar de modo que su lengua se asemeje á la lengua de Jesucristo; debe hablar, no con fuerza maravillosa, sino con moderación y modestia. <sup>(4)</sup> Debe aprender á sufrir como Jesucristo; debe llevar sobre su cuerpo la mortificación de Jesucristo; debe procurar asemejarse á Él en sus aspiraciones, para participar de una nueva vida en su resurrección. <sup>(5)</sup>

Todos estamos todavía en medio de esta empresa. Ninguno de nosotros puede lisonjearse de haberla resuelto; por lo contrario, todos consideran el simple pensamiento de no ser ya perfectos como un signo de que les amenaza el peligro de convertirse en infieles á su destino. Pero, aunque sintiendo dolorosamente que no nos asemejemos á nuestro Modelo, aspiramos, no obstante, jovialmente al fin que la gracia de Dios nos ha fijado. <sup>(6)</sup>

(1) Nilus, *Ep.*, 210.

(2) Augustin., *C. Faust.*, 20, 23.

(3) Deut., XVI, 20. Sap., VI, 11.

(4) Chrysost., *In Matth.*, *homil.* 78 (79), 3.

(5) Col., I, 24. Phil., III, 10, 11. II Cor., IV, 10.

(6) Phil., III, 12 y sig.

Sólo porque queríamos ser ó convertirnos en cristianos, <sup>(1)</sup> sabíamos ya que tendríamos que sufrir en el mundo, porque ya se nos había predicho esto, y nos habíamos preparado á ello desde el principio. <sup>(2)</sup> Pero esto nos inquieta poco. Gemimos, y tenemos aún muchos más motivos para gemir sobre nosotros y sobre lo que nos rodea, aunque el mundo nos deje tranquilos, porque la causa de nuestra inquietud no consiste en que estemos obligados á sufrir por Jesucristo, por la justicia y por nuestra conciencia, sino porque encontramos todavía tantos vestigios del viejo Adán en nosotros, que no hemos llegado todavía cerca de Jesucristo, nuestro fin y el objeto de nuestros deseos, ni todavía nos asemejamos á Él. <sup>(3)</sup>

Pero mucho se engañaría el que se sintiese tentado á creer que esta continua inquietud y estos esfuerzos nos roban el reposo del corazón. No; lo confesamos ante el mundo entero. No somos desgraciados, sino que estamos contentos y somos felices, tanto como es posible serlo en este mundo. Somos más felices en medio de estos combates y de estas luchas por la perfección, infinitamente más felices, que lo éramos cuando vivíamos únicamente para el mundo y para un placer, del cual, no obstante, jamás hemos gozado. Ciertamente, nada tememos tanto como estimarnos demasiado; pero cuando alguien dice que, con nosotros y por nosotros, en nada se ha mejorado el mundo, desde que nos hemos hecho cristianos, y desde que hemos procurado llevar una vida de cristianos, este tal no dice la verdad, ó, por lo menos, no la conoce. Si nos dice que las cosas no son todavía perfectas, y de ello mucho se falta, le prevenimos y confesamos que no nos atrevemos ni siquiera á decir que son buenas. De todo corazón damos gracias á Dios de ser mejores, por su gracia, como cristianos, de lo que lo éramos como hombres. Y aun suponiendo que nada en nosotros se haya hecho mejor, tenemos por lo menos

(1) II Tim., III, 12. Eccli., II, 1. Matth., X, 22. Joan., XVI, 1 y sig. I Thess., III, 3. I Petr., IV, 12. Job, XII, 4. Tob., III, 21. Prov., XIV, 2.

(2) Augustin., S. 46, 11.

(3) Id., Ps. 122, en. 2.

que considerar ya como una gracia muy grande, y como el principio de la salvación, el habernos dado cuenta de nuestra debilidad, mejor que antiguamente, en el tiempo en que vivíamos como hombres que ignoran á Jesucristo, <sup>(1)</sup> y que se contentan con un vulgar poco más ó menos. Pues aunque esto no sea mucho, es por lo menos un principio. Si el principio es pequeño, la marcha penosa hacia adelante nos da la esperanza de que el fin será grande y jovial. En ello hemos recibido ya mucho más de lo que hemos sacrificado. <sup>(2)</sup>

De aquí que, no sólo estemos contentos de haber encontrado la paz en Dios y en nosotros, y de haber dado acceso en nosotros á la gracia por la fe, sino que nos vanagloriamos igualmente de la esperanza de la glorificación futura de los hijos de Dios; y esto precisamente á causa de nuestras pruebas, porque la prueba provoca la energía, la energía la acción, la acción la esperanza, y la esperanza que se basa en la justicia y en la conciencia, sacrificios y sufrimientos que soporta uno por Dios; y esta esperanza, que hace á uno feliz en grado superior á toda expresión, no engaña jamás. <sup>(3)</sup>

No, verdaderamente, no hemos sido engañados; de ello ponemos por testigos á Dios, á nosotros mismos y al mundo entero.

**6. El fin lo decide todo.**—Puede ocurrir que, en medio de las tempestades y de las luchas, se oscurezca con frecuencia esta verdad. En este mundo, no hay nadie que, tomando el bien á pechos, no haya tenido horas, y quizás también años, de tristeza y oscurecimiento, de esta prueba, la más penosa de todas, cuando la duda gesticulante nos mira de frente, cuando todo consuelo nos abandona, y cuando está uno á punto de perder el valor.

Pero el sol no permanece eternamente oculto por las nubes. Tarde ó temprano reaparece, é ilumina las tinieblas con los rayos de su dulce luz; y jamás el mundo brilla á

(1) Cf. S. Hieronymi (Lupi de Oliveto), *Regula monachorum*, introd. (opp. Martian., V, 343). Cassian., *Coll.*, X, 11.

(2) Hieronymus, *Ad Pammachium* (Mart. 66, Vallarsi. 54).

(3) Rom., V, 1-5.

nuestros ojos con resplandor más vivo, que después de los furores de una prolongada tormenta, cuando el sol poniente envía sus últimos rayos á la tierra, que comienza á revivir.

Tal es la mirada que una alma purificada en el crisol del sufrimiento lanza á la vida en el momento de abandonar la tierra. Entonces desaparece toda ilusión. Entonces la luz de la eternidad comienza á brillar tímidamente á través de nubes menos sombrías. Ha pasado el tiempo de la prueba y se ha realizado la purificación. En la tempestad y en la angustia, la verdad ha dado pruebas de que es indestructible, y de que ha purificado al alma de sus escorias. Lo que uno piensa en ese momento serio, decisivo, en que caen todos los velos, y desaparecen todos los errores, y lo que los miembros más grandes y más santos de la humanidad han pensado de nuestra fe y de la vida vivida en el espíritu de esta fe, en esas últimas horas de la vida, que son al propio tiempo las primeras de la verdad, es ciertamente la verdad pura y completa.

En esta hora decisiva, Moisés, el servidor de Dios, estaba en la cumbre del Nebo. Tenía tras de sí una larga y penosa vida. Todo lo había sacrificado por Dios y por su pueblo: la corte, la libertad, el reposo. Había soportado en sus compatriotas una carga tal, que á veces se creía á punto de sucumbir; <sup>(1)</sup> había llegado al término de su carrera, y no había realizado por completo su misión. Como el sol, —y esto para nuestro consuelo— aquel gran hombre no era sin tacha. De aquí que no alcanzase por completo el hermoso fin que le había sido asignado aquí bajo, por lo que únicamente le fué permitido lanzar una mirada á la Tierra Prometida. Pero aquella mirada era para él una indemnización más que suficiente de las penas inauditas soportadas durante una vida de ciento veinte años. Partía de este mundo sin penas, porque veía que no se había engañado ni había engañado á los suyos.

Algunos millares de años después, uno de los más ilustres hijos del siglo XIX, Lacordaire, había llega-

(1) Num., XI, 11 y sig.

do á este momento decisivo. Evidentemente, nadie piensa en compararlo con Moisés, pero era un hombre del que hay derecho á hablar, aunque se haya admirado á otros más grandes. También él lo había sacrificado todo por Dios y por su pueblo; también él había consumido su vida para realizar una hermosa empresa. Sin duda que todo esto no es nada en comparación de los hechos realizados por Moisés; y, sin embargo, su fin es más envidiable que el del amigo de Dios. El más pequeño en el reino de Cristo es más feliz que el más grande de los que no han tenido la dicha de vivir y de madurar bajo su sol. <sup>(1)</sup> La muerte del jefe de Israel fué bella, pero la del orador cristiano es más envidiable. Vedlo allí, tendido sobre su lecho de dolor, mudo, privado en apariencia de conocimiento. Sus hermanos, arrodillados en torno suyo, guardan, llenos de dolor indescriptible, respetuoso silencio. Durante quince días se ha purificado de sus manchas esta alma ardiente, en medio del dolor y de la resignación, por el más penoso y último de todos los sacrificios, el de la calma, el del silencio. Pero he aquí que esta empresa está ya realizada. De repente extiende el moribundo sus brazos, y con aquella voz maravillosa, que había vuelto á Dios una época olvidada de sus deberes, lanza un grito que muestra hasta donde había llegado: «¡Dios mío, Dios mío: abridme!» <sup>(2)</sup> Y ante él abriéronse las puertas de la luz eterna, á la que siempre había dirigido sus miradas en el crepúsculo de esta vida terrenal. No se había engañado, cuando dijo que era preciso perdonar al que combatía en primera fila, si no volvía sin heridas y sin tropiezos. Pero, por lo menos, su fe y su esperanza jamás habían vacilado. También él, en la hora decisiva, tuvo el consuelo de decir: «No me he engañado.»

Esta misma hora decisiva sonará para ti y para mí, para todos nosotros, y quizás muy pronto. ¡Oh cristiano, se verá el valor de tu vida, se verá si te engañaste,

(1) Matth., XI, 11. Cf. *Isidor. Pelus.*, 1, ep., 68.

(2) Montalembert, *Le père Lacordaire*, 281. Bleibtren, *Lacordaire*, 245.

cuando te consagraste á Dios! Tu trabajo terrenal se realizará—así lo espero—por la gracia de Dios. No te habrá corrompido el mundo con sus lisonjas. Ahora que vas á abandonarlo, es justo contigo. Empiezas á serle indispensable, en el momento en que tendrá que pasarse sin ti. Pero tus obligaciones para con él han terminado ya; tus deudas con Dios están saldadas, y cumplidas las últimas exigencias de la religión. Ante ti se alza el sacerdote que pronuncia estas palabras: «¡Parte, alma cristiana! ¿Qué tienes, oh alma? ¿Por qué vacilas?»—«¡Oigo bien; os sigo! ¡Tened paciencia un momento! Preciso es que diga adiós á la tierra, la cual, con las alegrías y sufrimientos que me ha procurado, ha sido para mí la escala que me ha permitido subir al cielo. Preciso es que ofrezca el último suspiro á cada uno de mis miembros, por haber servido tan bien á Dios en el orden de mi salvación. <sup>(1)</sup> Preciso es que reuna todos mis sentidos, para poder comprender el consuelo que me penetra. Estoy dispuesto. Sí, te sigo ¡oh Señor! Tú me has precedido en la vida; tú me has precedido en la muerte. Desde que estoy á tu servicio, no me has hecho mal alguno, <sup>(2)</sup> sino bien sin medida. ¡Concédeme ahora la última gracia, y acógeme! ¡Ábreme, ábreme! He descuidado muchas cosas; he faltado gravemente; pero tu gracia todo lo ha trocado en bien. Mis pecados han sido excesivamente grandes, pero tu gracia ha sido más grande. <sup>(3)</sup> ¡Gracias por todo lo que has hecho por mí! ¡Gracias por todo lo que he hecho por ti! ¡Gracias por tu sangre, que ha lavado todos mis pecados! ¡Gracias por todos los castigos que me han hecho expiar mis faltas; gracias por tus méritos, que han enriquecido mi pobreza; gracias, porque has madurado mi espíritu en la oscuridad de la fe; gracias, porque has domado con paciencia mi voluntad bajo el sua-

(1) Schroeder, *Der Nonne von Engelthal büchelein von der genaden überlast.*, 20, 1; 31, 29. Cf. Mechtild v. Magdeburg, 7, 65 (Morel, 495). Thomas Cantimprat., *Vita b. Christinæ Mirabilis*, 5, 48, 49 (Boll. Juli, V, 658. Palmé).

(2) Epistola eccl. Smyrn., *De martyrio S. Polycarpi*, c. 9.

(3) Rom., V, 20.

ve yugo de tus mandamientos; gracias, porque has fertilizado el campo lleno de espinas de mi corazón con el rocío de la gracia; gracias, porque me has madurado para la vida eterna, bajo la dulce disciplina de la Iglesia! ¡Cuán pequeñas han sido mis penas, y cuán grande es ahora mi recompensa! ¡Cuán inmenso consuelo son ahora para mí los numerosos sufrimientos que soportaste por mi salvación, en comparación de lo poco que he sufrido contigo! ¡Qué dicha haber nacido para la tierra, pero qué felicidad todavía mucho mayor por haber sido regenerado para el cielo! ¡Qué dicha haber vivido como hombre, <sup>(1)</sup> pero qué felicidad mil veces mayor haber vivido como cristiano! <sup>(2)</sup>

»Pero, basta. ¡Abridme, Dios mío, abridme! ¡Ah, he aquí que se abren las puertas de la eternidad! ¡No oís esta dulce armonía? ¡No veis la luz eterna? ¡Oh luz, oh vida, oh felicidad! ¡Oh Dios, bendito seáis! ¡No me he engañado!»

(1) Wol mich, daz ich ie zu menschen goborn ward!... ich wil sterben!—dice la hermana Berth (*Nonne von Engelthal*, 24, 1 y sig.).

(2) So wol uns daz wir kristen sint geworden! Meister Rumeslant, 7, 1, 12 (Hagen, *Minnesinger*, III, 64).